

# TESTIMONIOS DE LA MUJER GUATEMALTECA

## TESTIMONIO No. 1.

### Presentación:

Como una contribución al conocimiento de la realidad social guatemalteca, me ha parecido oportuno incluir este relato tal como me fue trasladado por su protagonista. La selección del mismo no es casual. A través de este relato podrá descubrirse a miles de mujeres guatemaltecas: campesinas pobres, proletarias agrícolas, empleadas domésticas, obreras industriales, madres solteras. . . Finalmente, a las mujeres comprometidas en las organizaciones populares.

Luz Alicia Herrera

### TESTIMONIO 1o.

Nací en una aldea de la costa sur-oriental. Tenía quince años, cuando, de la aldea en que había crecido nos trasladamos a un parcelamiento bastante lejano, pero siempre dentro de la misma costa sur. Mi mamá era viuda. Eramos cuatro hermanos, tres mujeres y un hombre. Al nuevo lugar donde nos fuimos a vivir, mi mamá puso un comedor. Hacíamos comida para treinta gentes. También íbamos a cortar algodón. Mi mamá, mi hermana de trece años y yo nos levantábamos a la una de la mañana para hacer el oficio de la casa. Cocer maíz, hacer tortillas, comida, limpieza. . . A las seis de la mañana ya estaba todo terminado y a las siete tomábamos el camión que llevaba a la gente a cortar algodón. Íbamos veinte y cinco a treinta gentes en cada camión. Yo iba con mi hermana a una plantación que ocupaba entre ciento cincuenta y doscientos cortadores de algodón entre hombres y mujeres.

Lo que cortaba un solo trabajador activo eran cien o ciento cincuenta libras de algodón. Entre mi hermana y yo cortábamos cien libras y nos pagaban a centavo la libra. Llevábamos nuestra propia comida. Cuando no llovía, trabajábamos de ocho de la mañana a tres de la tarde. Cuando el tiempo estaba húmedo empezábamos a trabajar de 12 a 3 de la tarde.

El trabajo es duro bajo el sol fuerte. Las mujeres usamos sombreros. Íbamos muchas mujeres con el costal de algodón atado a la cintura. Los caporales y los contratistas vigilan que uno se dedique solamente al corte de algodón y no se puede establecer contacto con los compañeros de trabajo.

A veces, cuando uno estaba cortando el algodón, pasaban los aviones echando insecticida y la mayor parte de gente se intoxicaba. Teníamos que guardar el agua y la comida para que no le cayera veneno.

Los caporales son remalos y lo hacen a uno pasar el surco por si se ha quedado algún capullo. Se sufren malos tratos y humillaciones. A las cuadrillas de indígenas las tratan peor que a los trabajadores ladinos. Sólo les dan tortillas y frijol. A las gentes de las aldeas cercanas les tienen pesa aparte. A los indígenas les pesan el algodón en otras. Sin duda para robarles más.

Los indígenas llegan de tierra fría con sus mujeres y sus hijos. De cinco años ya llegan los niños a cortar algodón.

Me daba rabia ganar tan poco. Las soledadas y, para colmo, lo que roban. Los caporales y contratistas se creen los reyes. Un hombre de la aldea era el contratista de gente para el corte de algodón. Ellos también, los caporales, son gente explotada que está de lado de los patronos.

De seis a siete de la noche íbamos regresando a la casa. . . a dar comida a la gente que regresaba con nosotros de cortar algodón. Treinta gentes, libre de todos nosotros. Después de eso a lavar trastos. . . volver a cocer maíz. . . Diariamente cocíamos veinticinco libras de maíz.

Tareas serias. . . Arriba, arriba, ya es hora. . . Así nos despertaba mi mamá. Tan corta la noche. Nos acostábamos a las diez de la noche para levantarnos de nuevo a la una de la mañana. Yo tenía quince años y mi hermana trece y a nosotras, que éramos las mayores, nos tocaba muy duro. Trabajábamos también en la parcela que le dieron a mi mamá. Sembrábamos maíz, maicillo, chile. . . para el gasto. Lo poquito que a veces sobraba lo vendíamos.



Para nosotras no había domingos. Sólo semanas de trabajo. Ninguna diversión.

En el año 1963 me salió un trabajo, por medio de un compañero. En Escuintla trabajé de 'china'. Trabajé cinco años. Los primeros seis meses me pagaban siete quetzales mensuales. Cuidaba una niña de las siete de la mañana a las doce del día. A esa hora llegaba la señora que era secretaria en una oficina. Me agarré una responsabilidad re-grande. Yo no sabía lo que era cuidar muchachitos. Como la señora miraba que yo le tomé tanto cariño a la niña, decidieron pagarme doce quetzales mensuales. Después me pagaron veinte mensuales. Este dinero me quedaba libre pues ellos me daban otras cosas que yo necesitaba. Zapatos y ropa cuando me hacían falta. Entonces el dinero yo se lo mandaba a mi mamá.

Trabajé cinco años en esa casa. La niña tiene ahora trece años y cuando me encuentra me dice que yo soy su segunda mamá. Usted me cuidaba y mi mamá no, dice.

Después de eso, regresé a la casa con mi mamá, a la misma aldea. Las tres hermanas nos separamos de mi mamá, porque ella se había juntado con un señor que no nos quiso. Alquilamos una ca-

sa bien pequeña. Con un poquito de dinero que mi mamá nos dio pusimos una tienda y allí, en esa casa, mi hermana, como es costurera, tenía su máquina de coser y siempre continuamos con el comedor, las tres solas. Allí teníamos de clientes a veinte policías militares ambulantes y a gente que pasaba para las fincas.

Vivíamos felices trabajando las tres. Ganábamos muy poco, sólo para comer, medio vestimos y medio calzarnos.

Después vine otra vez para trabajar en Escuintla, en una refreshería. Allí trabajaba sólo por la casa y la comida. En esa época hice la 'burrada' deirme huérfana con un novio que yo tenía. El estudiaba en la capital y sus papás le pagaban una casa de huéspedes. De la refreshería me fui con él, me fui a la capital. Viví año y medio con él. Vivíamos con lo que sus papás nos mandaban en un cuarto muy pequeño que no tenía donde cocinar y pagábamos la comida. Año y medio soporté esta situación tan dura. Me puse a trabajar en una fábrica de ropa. Yo era recogedora de costura. Me tocaba recoger y despuntar. Ganaba cuatro quetzales con doce centavos a la semana. Yo no sabía coser en las máquinas eléctricas. Había veces que hacíamos horas extras y entonces me salían veinte quetzales al mes.



Ya no seguí en la fábrica porque a él no le gustaba que yo fuera a trabajar. Lo que teníamos no nos alcanzaba para nada. Fue tanta mi desesperación que me volví una vez más a la casa con mi mamá, a la aldea.

El había peleado mucho conmigo, porque yo no resultaba embarazada. Que saber qué cosas hacía yo porque nunca iba a tener un niño. De tan mala suerte, que el mes que lo dejé había quedado embarazada, pero ninguno de los dos lo sabíamos. Ya estando con mi mamá, noté cómo estaba y se lo dije a mi hermana y ella se lo contó a mi mamá. Allí se me armó el gran relajo. Mi madre no quería al muchacho y tenía coraje contra mí.

Mi mamá me sacó de la casa para que viera qué hacía. Yo me fui donde una amiga, la de la fresquería y le conté todo mi problema y estuve trabajando con ella, siempre por la comida y donde dormir.

A los dos meses llegó mi mamá a buscarme para que regresara a la casa. Regresé a la casa y, por el estado en que estaba, no me daban trabajo en ninguna parte. Un tío mío me dijo: "Usted no puede trabajar más que en una cantina". Le conté el problema a una vecina y ella tenía un molino de nixtamal. Allí yo le llegaba a moler y ella me daba un quetzal diario. Allí me sentía muy cansada y agotada. Cada día la barriga iba creciendo. Ella me consiguió unas señoras que compraban tortillas a diario y ella me molía el maíz sin cobrarme ni un centavo. A diario molía veinte libras de maíz, hacía y vendía las tortillas. . . Después de eso, lavaba ropa ajena, hacía costuras bordadas, compraba ropa pequeña para vender de lo mismo que ganaba con las costuras. Mi padrastro decía: "Yo no estoy manteniendo hijos ajenos", y mi mamá tenía coraje contra mí.

Con respecto a mi embarazo, yo le mandé a avisar a él. . . y la respuesta que me dio fue que el hijo que iba a tener no era hijo suyo y que no me pasaba ni un centavo. . . tal vez hasta que naciera el niño. Cuando nació y llegaron a conocerlo —él y su mamá— el niño tenía ya tres meses. Llegaron con la idea de quitármelo, pero la mayoría de las madres lucha por sus hijos y yo me opuse a dárselo. . .

El ya se había casado con otra y quería tenerme como su amante. Llegaba a ver al niño, pero sólo cuando estaba borracho y nunca le llevó ni un dulce. Una vez llegó hasta con un revólver amenazando por la ventana. Mi hermana y yo lo sacamos y le dimos un pencazo. Hasta que el niño tenía tres años logré que lo fuera a reconocer. Yo lo hice, porque los niños necesitan el apellido del padre.

El patojo no quería a su papá. Porque no está con nosotros, dice. El ve que a otros muchachitos sus papás los van a traer a la escuela. Yo le he contado todo y él no quiere a su papá. "Porque fue malo con vos, entonces sólo a vos te quiero", dice el niño.

Yo comencé a trabajar por la revolución hace tiempo. Mi padrastro era de una organización campesina. Dentro de lo malo que era con nosotros, a veces, cuando estaba de buen humor, nos aconsejaba y comenzamos a colaborar para la organización en el campo. Yo, trabajando de nifera, ya colaboraba.

El no pensaba como yo. El es maestro, pero no entiende nada de la necesidad de la organización de los trabajadores. El no sabía que yo tenía esas ideas y, cuando se dio cuenta, me dijo que no me metiera en nada, que eso era malo para mí. Yo le decía que mientras pudiera vivir continuaría luchando por lograr la organización en donde estuviera y no sabía hasta dónde iba a llegar mi participación. "Tú crees en una lucha que nunca va a triunfar, ni siquiera va a terminar", me decía. Yo me puse a trabajar en una fábrica y allí, convencida de que tenía que

continuar, me metí al sindicato. Hay amigas que me dicen que estoy loca, que no me meta a esas cuestiones, que lo que voy a conseguir es que me quiten el empleo o que me maten. Yo siento más valor cuando me dicen que me van a matar. También quiero conocer otras cosas que nunca he sabido.

He pasado muchos problemas serios, pero nunca he tenido miedo. Me han quitado el trabajo... Pienso en mi hijo. Pero él dice: "Si mi mamá se muere, yo me quedo con los compañeros...". Los compañeros son los del sindicato. Pues, pensar en mi hijo no me ha detenido en la lucha por la organización. Tarde o temprano uno tiene que morir. No se sabe si en algún accidente. El muchachito ya se da cuenta de todo y yo lo he instruido sobre cómo vive uno aquí. Ya pone atención a los movimientos de policía... ya avisa...

